

Jeremías 42

Prometieron y no cumplieron

Dayton Keese

Hubo momentos cuando Jeremías observó un espíritu aparentemente sumiso en el pueblo (3.22–25; 14.19–22; 37.3; 38.14; 2º Reyes 23.2–3). No obstante, debajo de la «amabilidad» de ellos, había un espíritu de «rebeldía». Dios les había instado una y otra vez a arrepentirse y a obedecer de un modo sincero. Por medio del hambre, por la caída y el cautiverio de Israel, y por advertencias en el sentido de que serían tratados como los de Silo, Dios los llamó al arrepentimiento. En este capítulo, Jeremías oyó nuevamente lo que deseaba oír del pueblo, tan solo para ver a estos rebeldes hacer lo contrario de lo que Dios les mandó. Por esta razón, el capítulo 42 constituye un relato sobre el oír con esperanza, emparejado con el responder con rechazo.

El remanente que quedaba en Judá presentó un frente unido cuando Johanán y todo el pueblo, desde el menor hasta el mayor, vinieron a Jeremías (vers.º 1). El hecho de que vinieron era indicio de un generalizado respeto por Jeremías como verdadero profeta de Dios, lo cual debió de haber sido alentador. En vista de que Jeremías había sido azotado, echado en una cisterna y abandonado en el patio de la cárcel hasta que Jerusalén cayó, este acercamiento unido y favorable constituía un progreso. Aun así, los eventos de este capítulo caen en el molde de comportamiento de Judá que a menudo se repitió. Se instó a Jeremías a orar, y el pueblo prometió obedecer (vers.ºs 1–6). La respuesta de Dios fue de paz o de castigo (vers.ºs 7–18). Al final del capítulo, Jeremías tuvo que rogar una vez más (vers.ºs 19–22).

LA ORACIÓN DEL PUEBLO: «¿QUÉ DEBEMOS HACER?» (42.1–6)

Dándose cuenta de que eran pocos los que quedaban, todo el pueblo se acercó con un «ruego»,¹ instando al profeta a «orar»² a Jehová Dios por ellos. Las palabras mismas señalan que el pueblo estaba ansioso por ser guiado. Instaban a que «Dios [les enseñara] el camino por donde [irían], y lo que [habían] de hacer» (vers.º 3). Esta era exactamente la clase de dirección que Dios les había dado en más de una ocasión (vea 7.3, 5; 18.11; 26.13). Tal vez ya Dios y Su pueblo estaban preparados para estar juntos como almas gemelas.

El problema era que estas personas todavía estaban esperando que Dios les dijera lo que deseaban oír (5.10–13; 14.8–9, 19–21). Este deseo nos revela que debajo de las palabras nobles pueden residir raíces degeneradas.

Jeremías les dijo que él oraría, y que proclamaría todo el mensaje que Dios diera (vers.º 4; Hechos 20.20). Poniendo a Dios como testigo potencial en contra de ellos, el pueblo aseguró a Jeremías que «[harían] conforme a todo aquello para lo cual Jehová [le enviara a ellos]» (vers.º 5). Hay tres

¹ Del hebreo *techinnah* —«... gracia, misericordia [...] oración, súplica [...] propiamente, clamor por misericordia [...] Sal. 6.10; 55.2; 119.70» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldee Lexicon [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius]* [Plymouth: S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 861).

² Del hebreo *pelal* —«... tiene el significado de juzgar [...] ejecutar juicio [...] pacificar [...] interceder en favor de alguien [...] suplicar, orar» (Ibíd., 676–77). (N. del T.: En la Reina-Valera se lee «ruega».)

ASUNTOS RELEVANTES. Tema: El pueblo dijo: «A la voz de Dios obedeceremos», pero hicieron lo contrario. **Gema de verdad:** 42.2–4: Jeremías es todavía un hombre de intercesión.

elementos que se destacan en esta respuesta:

El primero es la *percepción* de ellos —El Señor sería «testigo fiel y verdadero» entre ellos, o contra ellos (vers.^o 5; NASB).

El segundo es la *promesa* de ellos —«Sea bueno, sea malo, a la voz de Jehová nuestro Dios al cual te enviamos, obedeceremos»³ (vers.^o 6).

El tercer elemento es la *prosperidad* de ellos —«... para que obedeciendo a la voz de Jehová nuestro Dios nos vaya bien» (vers.^o 6). La palabra «bien» (del hebreo *yatab*) es la misma que se usa en 7.23; 38.20 y 40.9. Incluye la idea de lo bueno, de hacer lo bueno y de tener gozo como resultado de ello. Abarca tanto el *acto* como la *actitud* al hacer el acto. Al analizar las propias palabras de ellos, ¿puede alguien dudar de que estas personas estaban conscientes de cómo debían relacionarse con Dios? Conocían sus responsabilidades básicas. ¡No tenían excusa!

LA RESPUESTA DE DIOS:

«¡QUEDAOS EN ESTA TIERRA!» (42.7–18)

La respuesta de Dios se encuentra en los versículos 10 al 12. En el versículo 10 se lee:

Si os quedareis quietos en esta tierra, os edificaré, y no os destruiré; os plantaré, y no os arrancaré; porque estoy arrepentido⁴ del mal

³ El término hebreo *shame'a*, incluye ciertamente la idea de obediencia (vea 3.13, 25; 7.23, 28; 9.13; 11.3–4).

⁴ La expresión «estoy arrepentido» del versículo 10 no significa que Dios haya hecho mal, ni que se lamente de lo que ha hecho, «sino que, como en los capítulos 18.8, 26.3, el propósito ha dejado de ser propósito de juicio para ser ahora propósito de misericordia. El consejo del profeta, como ha sido todo el tiempo, es en el sentido de que el pueblo debe aceptar el castigo que Dios infligió sobre ellos, de que deben quedarse donde están y como están, y no dejar que el terror o la desconfianza los lleve a buscar la seguridad en planes concebidos por ellos mismos» (Charles J. Ellicott, *Ellicott's Commentary on the Whole Bible* [Comentario Ellicott de toda la Biblia], vol. 5 [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1959], 140).

que os he hecho.

Su respuesta fue dada a todo el pueblo desde el menor hasta el mayor (vers.^o 8). Este plan contiene una importante lección. Todos tienen necesidad de ser informados, porque Dios puede llevar a cabo Su plan por medio de los pequeños o de los grandes (27.5–7; 1^o Samuel 17.42, 28, 33–36, 46; Isaías 11.6; Mateo 18.2). También, sin la comunicación de información, no puede haber unanimidad en la acción (vea 1^{era} Corintios 1.10). Esta unidad requiere de cooperación de los informados y de los que han de ser informados (1^{era} Pedro 2.2; 2^a Timoteo 2.2).

La paz y la prosperidad eran posibles para ellos (vers.^{os} 9–12). En la tabla de abajo puede observarse lo que debían hacer y lo que se haría por ellos.

Al estar Dios y el rey de Babilonia teniendo misericordia del remanente, ¡qué gran bendición era esta promesa de Dios!

Les asegura que si ellos todavía se quedan en esta tierra, no solo estarán a salvo del rey de Babilonia, sino que serán alegrados por el Rey de reyes: «Os edificaré y os plantaré [vers.^o 10]; echaréis raíces otra vez, y seréis el nuevo fundamento de otro estado, un reino que, cual fénix, resurge de las cenizas del anterior». Dios tendrá misericordia de ellos en esto, no solo en el sentido de que el rey de Babilonia no los destruirá, sino que también *tendrá misericordia de ellos*, y les ayudará a establecerse. Dios ha hecho que nuestro deber, que es en realidad nuestro privilegio, y nuestra obediencia, sean nuestra propia recompensa.⁵

El castigo se anunció a todos los que rechazaran los beneficios redentores de Dios. Dios fue específico, al usar las mismas palabras que Él sabía que usarían en su expresión de rechazo.

⁵ Matthew Henry, *Commentary on the Whole Bible* (Comentario de toda la Biblia) (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1967), 1009.

La oferta de Dios (42.10–12)

Alegrarse	«... [quedaos] quietos en esta tierra...»
Ser edificados	«... os edificaré ¹ [...] os plantaré...»
No tener temor	«No temáis de la presencia del rey de Babilonia, del cual tenéis temor...»
Ser salvos	«... con vosotros estoy yo para salvaros ² ...»
Ser librados	«... con vosotros estoy yo para [...] libraros...» (arrebatar del peligro).
Ser bendecidos	«... tendré de vosotros misericordia, ³ [el rey] tendrá misericordia de vosotros...»

¹ Del hebreo *banah* —«... erigir [...] hacer que prospere [...] restaurar, reedificar [...] poner en morada fija y en prosperidad» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldee Lexicon* [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius] [Plymouth: S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 127–28).

² Del hebreo *yasha'* —«... ser espacioso, amplio, extenso [...] liberar, preservar [...] dar la victoria [...] estar seguro [...] impartir salvación, Sal. 33.16» (Ibíd., 374).

³ Del hebreo *racham* —«... amar [...] la idea primordial parece encontrarse en apreciar, en calmar y en emoción dulce de la mente [...] he aquí con el más tierno afecto [...] Éx. 33.19; Dt. 13.18; 30.3 [...] Sal. 103.13 [...] dicese de la compasión de Dios para con el hombre» (Ibíd., 765).

1. «No moraremos en esta tierra» (vers.º 13a).
2. No obedeceremos «a la voz de Jehová» (vers.º 13b).
3. «... entraremos en la tierra de Egipto» (vers.º 14a).

Lo que el remanente esperaba, contrasta dramáticamente con lo que Dios dijo que en realidad ocurriría:

- Lo que el remanente esperaba (vers.º 14)—
- «... no veremos guerra, ni oiremos sonido de trompeta...».
 - «... ni padeceremos hambre...».
 - «... allí moraremos...».

- Lo que Dios dijo que ocurriría (vers.ºs 15–17)—
- «... la espada que teméis, os alcanzará...».
 - «... el hambre de que tenéis temor [...] os perseguirá...».
 - «... allí moriréis».

Los versículos 11, 12 y 17 pasan de la compasión a la calamidad, de la salvación al hambre y a la matanza.

La advertencia dada por Dios debió haber sido suficiente motivación para que este pueblo rectificara todos los errores, tomara las decisiones correctas y llegara a conclusiones sabias. En realidad eso no fue todo lo que Dios anunció. En el versículo 18 hizo una advertencia sobre el derramamiento de Su enojo si insistían en ir a Egipto. Al pueblo se le describiría entonces como sigue:

1. *Aborrecidos* —«execración».⁶ Los censuraría con apasionada furia.
2. *Despreciables* —«espanto».⁷ Los demás los considerarían una visión repugnante.
3. *Desagradables* —«maldición».⁸ Las naciones harían mordaces comentarios verbales contra ellos.
4. *Censurados y negados* —«afrenta».⁹ Cuando los demás les dieran la espalda, los que quedaran de Judá serían rechazados social y civilmente, serían abandonados al total aislamiento.
5. *Excluidos* —«... no veréis más este lugar». ¡A estos rebeldes que les caía la anterior maldición, se

⁶ Del hebreo *'alah* —«... un juramento acompañado de imprecaciones [...] llegar a ser maldición, Jer. 44.12 [...] hacer que sea execración» (Tregelles, 48).

⁷ Del hebreo *shammah* —«... desierto, desolación [...] estupefacción [...] Jer. 19.8; 25.9, 18; 51.37» (Ibíd., 833).

⁸ Del hebreo *qelalah* —«... maldición [...] execración» —derivado de la raíz *qall* —«... ser disminuido [...] despreciado [...] ser de poco valor [...] poco estimado» (Ibíd., 733).

⁹ Del hebreo *cherpah* —«... afrenta, escarnio, desprecio [...] Jos. 5.9 [...] el oprobio de Egipto, esto es, el estigma que sobrellevó Israel desde el momento en que salió de Egipto, Is. 25.8 [...] figuradamente, persona o cosa despreciada» (Ibíd., 307).

les negó toda esperanza de volver a Jerusalén o de reconstruir el templo! El lugar adonde habían ido cada año a adorar a Dios les quedaba prohibido a partir de ese momento. Había que ser un judío devoto para entender la pena relacionada con esta pérdida.

Sería difícil infligir un castigo más severo a un hebreo que el que Dios había sentenciado en esta advertencia. La vida diaria bajo el castigo impuesto produciría vergüenza y sufrimiento —dolor y horror perpetuos. Cuando sigamos este relato hasta el capítulo 44, se pondrá de manifiesto que Dios estaba hablando en serio. La continua rebelión hizo que el pueblo se hundiera cada vez más en la negra desesperanza y en el más indignante oprobio.

EL RUEGO DE JEREMÍAS:

«¡NO VAYÁIS A EGIPTO!» (42.19–22)

La promesa de paz y prosperidad (¡o el anuncio de castigo!) había sido claramente expresada. El remanente de Judá se quedó en el valle de la decisión. Debido a que la decisión era de tan enormes implicaciones, Jeremías hizo un quejumbroso ruego, diciendo: «Jehová habló sobre vosotros, oh remanente de Judá: No vayáis a Egipto [...] os lo aviso¹⁰ hoy» (vers.º 19). Debíó de haberle dolido a Jeremías añadir: «... hicisteis errar¹¹ vuestras almas» (vers.º 20). Verdaderamente andaban vagando, errando y tomando una decisión desastrosa. Este pueblo mintió en su corazón al pretender con sus lenguas que obedecerían a Dios.

Jeremías después anunció que Dios haría como dijo, aunque el pueblo no estaba haciendo lo que habían indicado que harían (vers.ºs 5–6, 21–22). Morirían a espada, de hambre y de pestilencia. ¡Qué triste que toda esta aflicción y sufrimiento vendría sobre ellos por su propia elección! Estas desgracias iban a prevalecer «en el lugar donde [ellos deseaban]¹² entrar para morar allí» (vers.º 22).

Al considerar las promesas de misericordia que les hacía Dios, si se quedaban donde estaban,

¹⁰ Del hebreo *'ud* —«... repetir, hacer una vez más [...] decir una y otra vez, testificar, exhortar [...] afirmar solemnemente [...] amonestar solemnemente, especialmente Jehová a un pueblo [...] Lm. 2.13 [...] Sal. 50.7; 81.9» (Ibíd., 610).

¹¹ Del hebreo *ta'ah* —«... errar, vagar, extraviarse [...] dícese de la mente que divaga apartándose del camino de la virtud y de la piedad, Sal. 58.4; Ez. 48.11 [...] ser engañado, errar en un sentido moral, Job 15.31 [...] hacer que un pueblo se extravíe de la virtud y de la piedad, hacia la impiedad, Is. 3.12; 9.15» (Ibíd., 870).

¹² Del hebreo *chaphets* —«... doblar, hacer curva [...] ser favorable [...] querer, desear [...] tener el gusto de» (Ibíd., 296).

en oposición a las catástrofes que sufrirían en Egipto, ¿por qué deseaban estos sobrevivientes viajar a este país? Hay dos importantes lecciones que dan la respuesta: 1) No estaban andando por *fe*, sino por *vista* (vea 2º Corintios 5.7; Hebreos 11.17–19). Las promesas de Dios fueron pasadas por alto porque, en su propia vana imaginación, ellos concluyeron que los oficiales babilonios regresarían para castigarlos inmisericordemente por las atrocidades relacionadas con el asesinato de Gedalías (que no habían sido obra suya en lo absoluto). 2) La promesa que hizo Dios en el sentido de que Él les tendría misericordia y de que Nabucodonosor también les tendría (42.11–12), no fue escuchada (ni creída) porque estas personas habían *dejado de escuchar a Dios* mucho tiempo atrás. Estaban viviendo de conformidad con el código de sus propios pensamientos (vea 7.24, 26–27; 25.3–4; 26.5; 44.16–18).

¿Anda usted por fe en las promesas de Dios? ¿Desconfía usted de Dios, tomando decisiones por suposición o por vista? ¿Cuán a menudo se acerca usted a Dios o a Su Palabra con la intención de que le diga *lo que desea oír*? Hablando metafóricamente, ¿se ha dirigido usted alguna vez a Egipto cuando Dios deseaba que usted se quedara donde Él indicaba?

Este capítulo nos desafía a crecer en la fe hasta alcanzar la obediencia a la ley de Dios, aun cuando esta sea contraria a nuestra cultura o conveniencia. Los caminos de Dios no son nuestros caminos, y Sus pensamientos no son nuestros pensamientos (vea Isaías 55.6–9). Puede que demos cabida fácilmente a Su ley moral, considerándola sana y sensible (vea Romanos 13.8–10), pero puede que Su ley divina no sea tan clara. Por ejemplo, las instrucciones en el sentido de ofrecer a Isaac en sacrificio, sobrepasaban toda lógica, pero Abraham confió en Dios y actuó obedientemente por fe (Hebreos 11.17–19). Puede que el bautismo para el perdón de los pecados no nos parezca lógico. No obstante, Cristo dijo que lo hiciéramos, y nos dijo por qué debemos hacerlo (vea Marcos 16.15–16; Hechos 2.38; Romanos 6.3–4; Gálatas 3.26–27). La cena del Señor que se come el primer día de la semana, no alcanza a llenar tanto como una comida; puede que incluso, a los ojos de los hombres, no parezca un memorial digno. No obstante, Cristo pidió que lo hiciéramos y nos dijo por qué debemos hacerlo (vea Lucas 22.17–20; 1ª Corintios 11.23–26).

¿Anda usted por fe o por vista?

Recomendaciones para maestros (42.4)

En 42.4 observamos las siguientes recomendaciones para enseñar a los que nos rodean:

Buscar información —Jeremías dijo al pueblo: «He oído». Escuche con sumo cuidado, y analice la pregunta que le plantee alguna persona, antes de contestar.

Haga intercesión —Dijo además Jeremías: «... voy a orar a Jehová [...] como habéis dicho». Es apropiado hablar con Dios acerca de las necesidades de los demás. No solamente tenemos que pedir Su ayuda, sino que el hablarle a Él, también nos puede ayudar a entender y comprender mejor Sus palabras. Pablo elogió en gran manera a Timoteo cuando escribió a los cristianos que estaban en Filipos: «... a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros» (Filipenses 2.20). Es fácil responder a los demás en base a lo que estamos pensando nosotros, y no en base a cómo estaban pensando ellos.

Brinde una declaración fiel —Les dijo: «... todo lo que Jehová os respondiere, os enseñaré». Si bien podemos tener necesidad de sabiduría para saber qué es lo que pueden recibir los demás (1ª Corintios 3.2–3), no seremos realmente limpios de la sangre de todos sino hasta que anunciemos *todo* el consejo de Dios (vea Hechos 20.26–27; note también vers.^{os} 20, 31). Hay varios niveles de respuesta. Puede que hablemos a otros acerca de lo que el Señor dijo sobre ellos; puede que les digamos lo que creemos que el Señor desea que hagan; puede que les digamos parte del mensaje del Señor para ellos, o puede que, al igual que Jeremías, les prediquemos todo el mensaje del Señor.

Trate de hacer una proclamación completa — Les dijo: «... no os reservaré palabra». Dios instruyó a Jeremías de este modo (1.7, 17; 26.1–2). El profeta declaró repetidamente lo que el pueblo tenía que hacer, y añadió las bendiciones que recibirían si lo hacían. Previó cómo el pueblo podría rebelarse, y señaló el castigo que Dios les impondría si respondían de esta manera.

¿Cuán bien ha servido usted en lo relacionado con dar a conocer todo el consejo de Dios a los que están a su alrededor?